

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUEBLA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 11 DE JULIO DE 1909

NÚMERO 80



## LOS CEREZOS DE FEDERICO II

Federico II, Rey de Prusia, tenía un entusiasmo loco por las cerezas, y a pesar de que el clima de su país no se prestaba para cultivarlas, puso tanto empeño en conseguirlo que después de muchos esfuerzos logró salvar 10 ó 12 árboles de los 80 que hizo plantar en su jardín de Postdam. Todas las mañanas los visitaba, y se

Ayuntamiento de Madrid

complacía viendo lo frondosos que iban estando y el abundante fruto que iban á dar. Como sabiendo esperar todo llega, llegó el día en que el jardinero dijo al Rey que las primeras cerezas ya estaban maduras. El Soberano, loco de contento, le ordenó esperar á la mañana siguiente para cogerlas, porque quería presenciá-lo, y así se hizo; pero cuál no sería la sorpresa de Federico II al ver que en aquella noche los gorriones se las habían comido ó estropeado todas. Se puso furioso, y mandó que todos sus guardas cazasen diariamente gorriones hasta exterminarlos. Un chiquillo, hijo del jardinero, se atrevió á decir: “Señor, eso no estará bien hecho, porque los gorriones...”

El Rey no le dejó acabar y le amenazó con un severo castigo si volvía á pronunciar una sola palabra en su presencia.

El chico, muy confuso, bajó la cabeza.

Todos los días mataban sinnúmero de pajarillos; el jardín estaba triste sin su alegre piar, y el fin que se perseguía no se consiguió, porque al año siguiente y algunos más después los cerezos no dieron fruto.

Federico II comprendió entonces la utilidad de los gorriones, y supo que el pequeño iba á explicarle el por qué son necesarios, cuando él le mandó callar con tanta dureza. Sintiendo su arrebató le hizo llamar, y le dijo:

—Perdona que no te escuchara; mi altivez ha tenido su castigo. Sigue estudiando, y cuando seas hombre te nombraré primer jardinero de Postdán.

MARÍA DE PERALES.





## EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

- alhajas y al señor le ha abierto también los cajones de su mesa de despacho, y ya calcularás que no sería para meter más dinero.
- PACA. La verdad es que nos acompañan y nos defienden, y siempre es bueno tener un hombre que saque la cara por una si á mano viene, pero por lo demás yo no los puedo ver por bribones.
- ISID. Ni yo tampoco. ¡Son un par de púas!
- PACA. ¡Ay, que ya se me olvidaba! Hay que hacer que Antolín venga á comer con nosotros.
- ISID. Si dice que está malo.
- PACA. Pues ahí está el golpe. Judas dice y tiene razón que ese chiquillo no quiere tomar parte en nuestra fiesta para poder acusarnos luego.
- ISID. Pues no había yo caído.
- PACA. Ni yo tampoco; pero Judas me ha abierto los ojos.
- ISID. Nada, que tenéis razón y que hay que hacerle venir por buenas ó por malas.
- PACA. Eso mismito.
- ISID. No faltaba más sino que nos la diera con queso ese mequetrefe.
- PACA. Calla, que sólo de pensarlo me pongo fuera de sí. *(Suena el timbre.)*
- PACA. ¿Han llamado?
- ISID. Creo que sí...
- PACA. No nos faltaba más sino que viniera ahora alguien á darnos la lata.
- ISID. Pues haremos que no estamos en casa. *(Vuelven á llamar.)*
- PACA. ¡Que si quieres! No salgas, á ver si se cansan.
- ISID. Calla. *(Escuchando.)* Me parece que han abierto.
- PACA. Habrá sido el imbecil de Antolín. ¡Siempre nos había de fastidiar esa criatura! *(Se oyen las voces de Blas y Judas.)*
- ISID. Si creo que son esos.
- PACA. Menos mal.

### ESCENA VI

DICHAS, ANTOLÍN, BLAS Y JUDAS

*(Aparecen en la puerta del foro Judas y Blas, que traen en hombros á Antolín.)*

- BLAS. ¡Aquí está el príncipe!
- JUDAS. Salió á abrir, y cayó en el garlito.
- ANT. ¡Dejadme! *(Le dejan en el suelo.)*
- ISID. ¿Estás todavía malito?
- PACA. ¿Qué te duele, galán?
- ANT. *(Vacilando al contestar.)* Me duele un poco... la cabeza.
- JUDAS. Eso es debilidad.
- BLAS. ¡Eso! Verás cómo se te quita comiendo con nosotros.
- ANT. Yo...

PACA. ¿Tú qué creías? ¿Que te ibas á estar en tu cuarto para luego poder acusarnos como siempre?

ANT. Yo no he acusado á nadie nunca.

ISID. Eso es lo que no sabemos.

JUDAS. No seas panoli; ¿te convidan á comer y á beber, y te haces de pencas?

BLAS. ¿A caballo y gruñes?, como decía el otro.

PACA. Nada, nada, hay que hacer como todo el mundo. Comerás y beberás como nosotros, hipocritilla.

BLAS. *(Sacando de una cesta que ha traído unas botellas.)* Y como lo primero es lo primero, vamos á tomar el *vermúz*, y quien dice el *vermúz* dice Rioja clarete, porque no hay otra cosa.

JUDAS. ¿No traes más que eso?

BLAS. Déjame acabar y no seas súpito; no hay otra cosa para aperitivo.

JUDAS. ¡Acabáramos!

BLAS. Empezáramos, digo yo. *(Des-corcha una botella.)* Venga una copa.

PACA. ¿Una nada más?

ISID. ¡Egoistón!  
*(Judas y los demás, menos Antolín, cogen copas de la mesa y las presentan á Blas.)*

BLAS. ¡Ande el movimiento! A ver, tú, arrapiezo, no te escurras y trae tu copa al respetive.  
*(Antolín obedece. Todos beben, según los va sirviendo Blas, menos Antolín, que, disimuladamente, arroja el vino sin que le vean.)*

JUDAS. Con una rueda no anda un carro. Venga otra copa.

PACA. Tiene éste razón.

ISID. ¿Que si la tiene? Venga, venga otra.

BLAS. Aquí no hay miserias. El que quiera que coja la botella y se sirva cuantas copasse le antojen.

PACA. ¡Ole los hombres! Trae tu copa, Antolín, y no seas primo.

ISID. Esta botella ya no suena.

BLAS. Otra al canto.

JUDAS. ¡Eh, que me dejáis olvidadol! Qué razón tuvo el otro que dijo: «El pan, como hermanos, y el vino, como tigres.»  
*(Todos rien la gracia y siguen bebiendo, y Antolín aprovecha la confusión para arrojar el vino, fingiendo que bebe también.)*

BLAS. Este parece tonto y se mete en casa.

ISID. ¿Quién?

BLAS. Antolín.

TODOS. ¿Antolín?

JUDAS. ¡Bebe como un mosquito!

ISID. A ver si te hace daño y luego por ti se descubre el pastel.

PACA. Dejarle al chico que beba; si se afloxera le metemos en la cama á dormir la mona.

ANT. No, yo no me emborracho

JUDAS. Ah, granuja. Como se conoce que tienes costumbre de empinar el codo. Si donde menos se piensa salta la liebre. Ahí tenéis explicado por qué no deja á nadie las llaves del vino.

PACA. }  
BLAS. } ¡Ja, ja, ja!

ISID. Pues es verdad. ¿Habrás visto pillo?

BLAS. Ven acá, Antolín, que vamos á brindar.

JUDAS. ¡Eso!

BLAS. Por la señora de los días. ¡Viva la Pacal!

TODOS. ¡Viva!

JUDAS. Yo no digo solo viva; yo digo también beba.

PACA. ¡Ole tu gracia, resalao!

TODOS. ¡Beba!

BLAS. *(Dando palmadas.)* Camarero. ¿Quién sirve aquí? ¿No empezamos á comer nunca?

PACA. Hijos míos, la que no tiene doncella se sirve ella. Nos tenemos que servir nosotros mismos, que no lo he de hacer yo todo.

JUDAS. ¡Tiene razón!

BLAS. Naturaca.

Continuará.



### EL PRINCIPE DE ASTURIAS

Entre los infinitos juguetes que alegran las horas del principito de Asturias, hay uno por el que tiene especial predilección.

Es un coche primoroso, de tamaño adecuado al de su dueño, tirado por un brioso tronco de pequeños *blases*, cuya mansedumbre está perfectamente comprobada.

¡Los paseos que se dió por las galerías del palacio de San Ildefonso, durante su permanencia en La Granja!

En cuanto el tiempo se presentaba con buena cara, mandaba enganchar ¡y á recorrer el camino de costumbre! El mismo guiaba, arreado á los *caballitos* para que le llevaran á buen paso.

A veces le acompañaba su primito, el primogénito de la infanta María Teresa, con el cual aparece en la presente fotografía.

Ayuntamiento de Madrid



ELATOS DE CAZA

## EN EL PATIO DE LA BODEGA

Bajo el rozagante emparrado que, sustentado por sólidos maderos, se extiende como un esmeraldino toldo, varios cazadores están sentados alrededor de un jarro bermejo charlando por los codos y refiriendo hazañas inauditas. Quién parece más valiente que Roldán, quién más forzado que García de Paredes, y quién más desaprensivo en achaque de acometer peligros que el caballero de la Triste Figura. El tío Nicolás, que había permanecido silencioso, exclama con cierto tonillo zumbón.

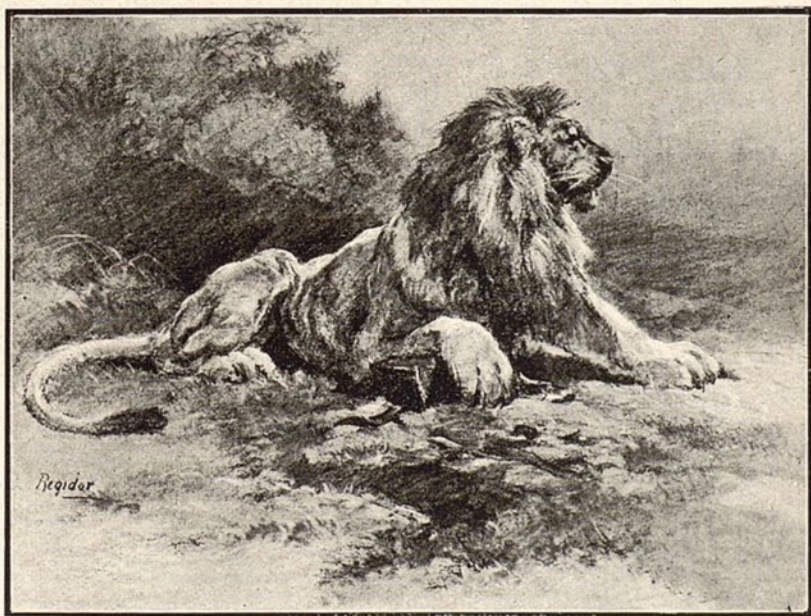
—Me parece que con pájaros, liebres, zorras, corzos y, cuando más, con algún lobo ó jabalí, se pueden hacer muy pocas heroicidades. ¡Si hubiera sido como yo...! Aquí donde me veís he dado muerte á un león...

Estupefacción general en el corro; brazos que se estiran, bocas que se abren y ojos que se clavan interrogadores en el tío Nicolás que prosigue con supina calma.

—¡Sí, amiguitos...! Ninguno de vosotros ignora que, cuando fui á servir al rey, mis pecados me llevaron á Ceuta, en Africa, que es una tierra llena de leones, panteras, tigres, hienas, serpientes y otra muchedumbre de bestias á cual más feroces... Pues una tarde antojósele á uno de nuestros jefes que hiciéramos una excursión al interior del país, y tan dentro nos metimos, que no pudiendo volver aquel mismo

Ayuntamiento de Madrid

día, tuvimos que quedarnos en medio del campo. A las diez de la noche empecé á hacer centinela, y más de una hora llevaría ya paseándome arma al brazo, cuando vi en la obscuridad dos ojos grandes y relucientes como brasas que se clavaban en mí... ¡Amigos míos! ¡Era un leoncito que venía á hacerme una visita...! Sin querer alarmar al campamento con disparos, y pensando que estaba próxima la hora del relevo, con lo cual seríamos varios para atacar á la fiera, me dispuse á esperar los acontecimientos; pero una cosa es lo que nosotros pensamos y otra lo que sucede. Avanzó el león; yo, firme en mi empeño de no disparar, lo aguardé, y cuando llegó á pocos metros de distancia, le arrojé el ros. ¡Qué hambre debía tener la fiera...! No solamente devoró el ros, sino también la mochila y los zapatos, que le fuí echando después. Veíame ya un tanto apurado; pero me salvó una idea lumi-

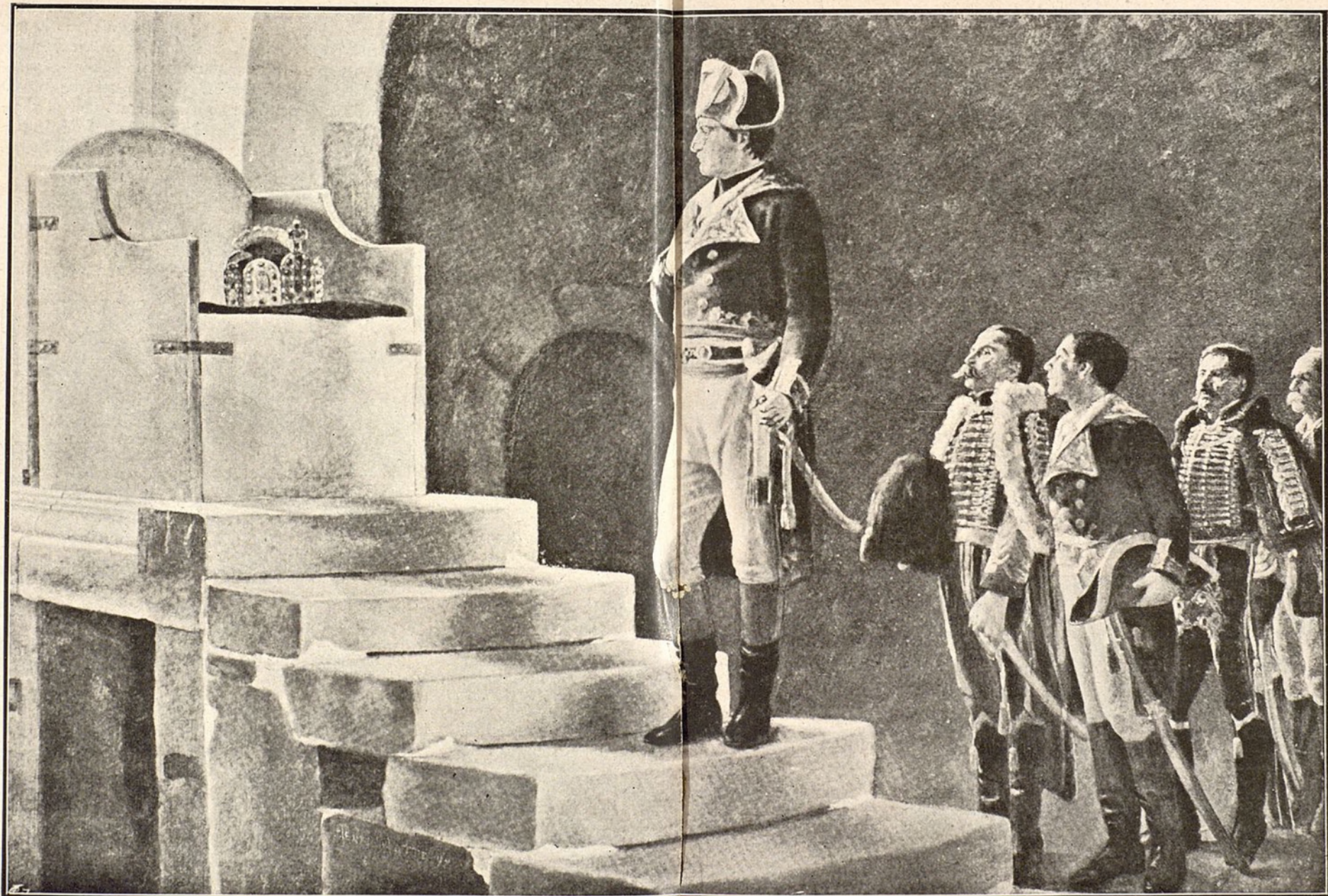


nosa: la de tirarle la bayoneta. Así lo hice, abrió el león la enorme boca, y allá fué el arma á sepultarse en su profunda garganta... En seguida, amigos míos, ¡qué rugidos empezó á dar tan formidables...! A su temeroso estruendo todo el mundo despertó. Acudieron mis jefes y mis compañeros, y cuando vieron la disforme fiera muerta á mis pies, me llamaron salvador de la columna y me colmaron de felicitaciones... ¡Si no llega á ser por la malquerencia de un sargento, vaya si me dan la cruz de San Fernando...!

Terminado el relato, todos los oyentes aplauden, y uno de ellos, riéndose y llenando los vasos, exclama:

—¡Bebamos... para que se nos ensanchen las tragaderas...!

José A. LUENGO.



### NAPOLEON ANTE EL TRONO DE CARLOMAGNO

Victorioso y aclamado por su pueblo, Napoleón llegó á la cuspide de la ambición, colocándose sobre sus sienes la corona de Carlomagno. A pesar de su audacia, contempló aquella sagrada reliquia con cierta inquietud,

fascinado quizá ante granjeza semejante. Va a realizar un sueño de gloria, y, sin embargo, le acosará cualquier sombrío pensamiento, como si cometiera una profanación y temiera su castigo.

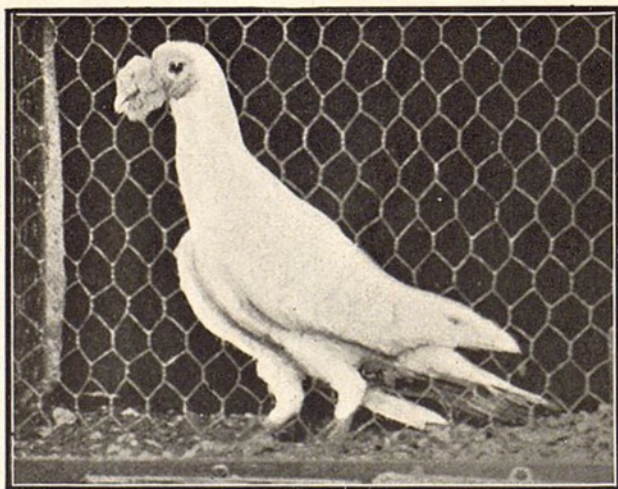


### UNA EXPOSICION INTERESANTE

La Exposición internacional de Avicultura, celebrada en París, ha sido interesantísima por el número de ejemplares expuestos, y también por la variedad de especies presentadas.

¡Qué bonita es siempre una Exposición de aves!

En ella admiramos á esos seres que muestran en sus plumas el arte de la Naturaleza, y vemos también celebrados y premiados á muchos de ellos que nos parecieron modestos cuando los vimos por el mundo, y de ella sacamos una provechosa lección: la de que todo ser que aspira á figurar y á sobresalir, necesita cuidados especiales.



PÁLOMA MENSAJERA  
PREMIO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

Esta Exposición ha sido organizada por la Sociedad Nacional de Avicultura de Francia. Una sección un poco triste, ha figurado en esta Exposición: La de las plumas de ave. Las galas de los pobres pájaros aprovechadas para el adorno de la mujer.



## LAS BONDADES DE NINI

XXXIV

Se acuerdan ustedes de lo de los pájaros...? Pues todos volvieron; así es que no me regañaron ni nada.

Han pasado muchísimos días y semanas; he aprendido una atrocidad de cosas. Dicen las madres que me aplico mucho, mucho.

Ya sé leer, y leo unos cuentos muy bonitos.

También entro en la clase de francés, y ya sé decir: *oui... y mon père... ma mère... mon petit chat... grand père... lundi... dimanche... merci... y nada más.* ¿A que no saben ustedes lo que quiere decir todo eso? ¡Claro que no! Eso la digo yo á la monjita que me enseña; que nadie va á entender lo que digo, porque yo misma me hago un lío. ¡Ni los pajaritos del jardín me entienden! El otro día me subí en un banco que hay delante de las jaulas, y empecé á charlar con ellos, porque me gustan una atrocidad los pájaros.

—¡Hoia, golfitos, *bon jour!* ¿Estáis buenos? ¿*oui?* yo tengo en casa de *mon père* y de *ma mère* unos pocos juguetes y un *petit chat* muy precioso que se llama *Morabito*, y que le gustaría mucho jugar con vosotros. ¿Queréis que el primer *dimanche* que salga yo de vacaciones os vuelva á abrir las jaulas...? ¿*Oui...?*

Los pájaros estaban hechos unos majaderos, sin contestar.

—Madre Rosario, no entienden el francés, ¿lo ve usted? Pues no quiero seguir aprendiéndolo.

—¡Pero Nini!—contestó ella,—los pájaros no entienden la palabra humana en ningún idioma.

—Sí, sí; cuando los llamo ricos y preciosos, bien dicen ¡*piiii...!* Así es que no me da la gana entrar en la clase de francés.

—¡Pues vaya un desengaño que se va á llevar todo el mundo! Yo

he enviado recado á tus papas y abuelitos y á tu amiguita Piluca de que te estás portando muy bien; que me parece que te vas á ganar la medalla de este mes, y que te traigan muchos regalos cuando vengan á verte... Conque habrá que avisar que me he equivocado.

—¡Ay, no, no, madre Rosario! Sí entraré.... ¿qué más tengo que hacer?

—Pues vas á hacer una labor lindísima.

—¡Ay, qué gusto! ¿Cuál?

—Verás... verás, Nini. Vamos á dar una sorpresa á tu mamá. Compramos terciopelo verde muy pálido, que es un color lindísimo, y con un pedazo de glase blanco harás tú una franja ancha de encaje Renacimiento...

—¡Si no sé!

—Sí sabes, porque es sólo festón y tú ya lo has hecho, y bastante bien por cierto.

—¿Y con festón se hace encaje?

—¡Ya lo creol! Le pondremos unas aplicaciones de tul, y resultará una verdadera preciosidad.

—¿Dónde se pone el encaje?

—Espera; con el terciopelo haremos un almohadón para la sala de tu casa, y el encaje se coloca sesgado encima del terciopelo

—¿Y mamá se pondrá muy contenta?

—Muchísimo; y como la avisaremos antes, te traerán juguetes.

Me puse á trabajar mucho; la madre Rosario me decía que pidiese al Niño Dios que me ayudase, porque yo sola no iba á acabar aquella obra *tan grande*, aunque la madre Rosario me decía que era pequeña. Y ¡milagro! todas las mañanas me encontraba con que tenía un pedazo grande hecho.

—¿Es el Niño Dios que borda, madre Rosario?

—Siempre auxilia á los que esperan su protección—contestaba la monjita.

Y entre el Niño Dios y yo acabamos el almohadón; yo me quedé asombrada.

—¿Pero de veras he hecho yo eso tan bonito y con tan poco trabajo?—pregunté.

—¡Si no hay nada tan fácil y sencillo como ser buena, Nini!—contestó la madre Rosario.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





## TERRANOVA

**H**abéis comido bacalao? Seguramente que sí. Es un pescado tan común y tan barato, que rara es la casa española en donde no se come alguna vez al mes. Pero antes de llegar á España salado y en condiciones de consumo, ha sido pescado y preparado, y cómo se han hecho estas operaciones es lo que constituye la materia de esta narración.

Vamos á hacer un viaje á Terranova, punto de pesca del bacalao. Pero no os asustéis: no es necesario para esto moverse de casa. Colocad sobre la mesa un mapa del Océano Atlántico en el hemisferio boreal, y por él seguid paso á paso mi relato.

La mayor parte de los pescadores de bacalao ó abadejo son bretones. De los puertos de Saint-Malo, Vannes y otros salen todos los años unos 200 barcos de vela que llevan á su bordo cerca de 12.000 hombres.

Mientras el barco camina, los 40 pescadores que por término medio van en él se dedican á preparar los aparejos de pesca.

Pronto llegan á la vista de la isla. Es la de Terranova una colonia inglesa que depende, en lo político, del Canadá; su extensión es de unos 110.000 kilómetros cuadrados, pero de una tierra tan pobre, que hay allí un refrán que dice así: «Más vale una área de mar que una hectárea de tierra», porque su vida, su riqueza la constituye el mar.

Ya desde muy antiguo se sabía lo ricos en pescado que eran los bancos de la isla, y desde el siglo xv, en que Sebastián Cabot, el navegante veneciano la puso el nombre de «tierra del bacalao», lo ha conservado hasta nuestros días.

Cada barco elige un punto para pescar, y en él ancla, cosa que permite la poca profundidad del mar por aquella región, y en seguida co-

mienza la operación de la pesca. Todos los días al amanecer se separan del barco unas lanchas pequeñas en las que sólo van dos pescadores; cuando éstos llegan á un sitio conveniente, por lo general lejos del barco, comienzan á tender el aparejo.

Consiste en un aparato muy sencillo de cuerdas; de un cable grueso y de muchos metros de longitud cuelgan infinidad de sedales que terminan en un ángulo grueso cebado con pescado menudo; el cable se mantiene á flote por medio de boyas y flotadores de corcho, en los que consta el nombre del barco á quien pertenecen. Se tiende este cable en el mar después de haber cebado los anzuelos, y entonces comienza una labor pesadísima.

La lancha va recorriendo la línea de las boyas y los flotadores y sacando uno por uno los sedales, cogiendo los peces que han picado, y volviéndolos á cebar y á echar, y así durante muchas horas.

Llevada la pesca al barco, otros marineros la cogen, cortan la cabeza y la abren por medio, de modo que quede como una plancha; entonces pasa á manos de otros que la van poniendo extendida sobre una capa de sal, echan otra encima y así sucesivamente hasta que se termina la pesca. Si la temporada ha sido buena, cada pescador vuelve á Francia con 700 ú 800 francos de ganancias, pero si ha sido mala apenas podrá pagar los gastos de su manutención.

Y todo esto ¡á costa de cuántos peligros! Porque habéis de saber que es aquél un mar muy revuelto y muy frío, á pesar de estar casi á la misma latitud que París, y sobre todo, además de las tempestades, hay un peligro inmenso que todos los años cuesta muchas vidas de pescadores, y es éste:

Sin duda por el calentamiento de la gran corriente polar que podréis ver señalada en el mapa, se producen en toda la región de Terranova unas nieblas densísimas, tanto, que apenas se ven unos á otros los pescadores de un mismo barco. Pues bien, como los barcos de pesca están en el derrotero de los grandes transatlánticos que hacen la travesía de Europa á América del Norte, y viceversa, sucede que, á pesar de los avisos de las sirenas de vapor y de los toques de campana, chocan con los pequeños barcos de pesca y los echan á pique. Generalmente, el capitán del transatlántico no se apercibe de la desgracia. ¡Es tan poca cosa una harca de pesca comparada con los gigantes *páquebots!*

Además, muchas lanchas de las que salen á tender los cordajes de pesca no vuelven nunca al barco; ¿dónde están? ¡quién lo sabe! Volcadas por el huracán ó tropezadas por un *steamer*, el caso es el mismo: dos hombres menos.

Por eso cuando comáis el pescado que tan barato venden los ultramarinos, no dejéis nunca de dedicar un recuerdo á los pobres pescadores de Terranova, que tan cara suelen pagar la pesca en los bancos de la isla.

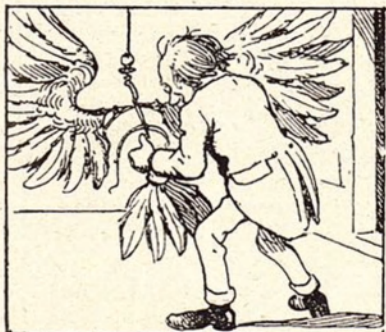
## UN MARTIR DE LA CIENCIA



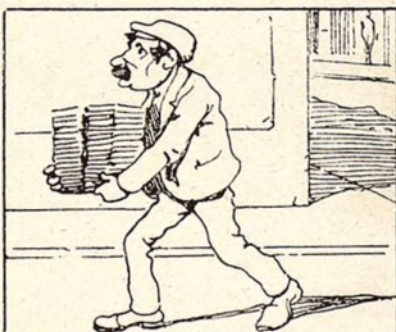
El eminente Fontainez estudia un prodigioso invento, con el que piensa asombrar al mundo entero.



Cuando ya cree haber dado en el quid, sale y compra una abundante provisión de plumas de ganso.



Que unidas á una fuerte armazón de acero, adquieren la forma de un enorme pájaro.



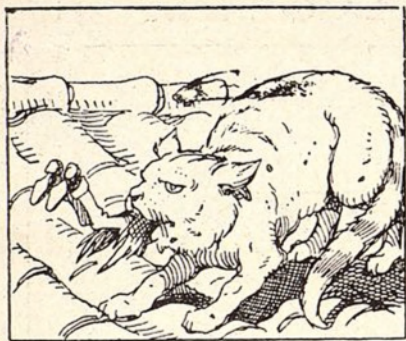
Todo dispuesto, y deseando dar el primer vuelo, manda al criado á repartir las invitaciones.



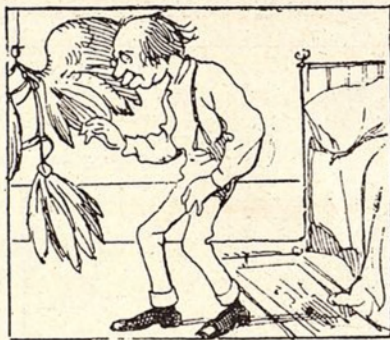
La noche antes se acuesta y sueña que va volando, volando, y dejando atrás pueblos y más pueblos.



Hasta que, rendido, plega las alas y se posa en un tejado para descansar un ratito.



Mas ¡ay! que surge de pronto un gato, y creyéndole pájaro de veras, se le come tranquilamente.



Se despierta, y preocupado aún por el fatídico sueño, prepara su asombroso aparato.



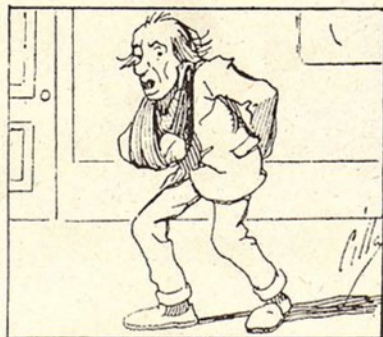
Subido en la tapia del corral, y ante numerosos amigos, abre las alas y se lanza al espacio.



Cayendo al pozo de cabeza, del que le sacan, con no pocos apuros, sus invitados.



Mientras se repone del susto y el porrazo, su ama de llaves hace de las alas un plumero para el polvo.



Al cabo de algunos días, maltrecho aún, jura no hacer el ganso científico en lo que le quede de vida.